

Texto elaborado para el catálogo de la Exposición sobre la obra de César Manrique
preparada por el Centro Atlántico de Arte Moderno (CAAM)

César Manrique

frente al discurso económico dominante

José Manuel Naredo

---o0o---

-Introducción

Aunque César Manrique no tiene publicaciones específicas de economía, creo que su crítica al discurso económico dominante está implícita en sus planteamientos e intervenciones sobre Lanzarote. Ello es así porque su visión integral socava y trasciende, sin decirlo, el reduccionismo propio de la economía estándar y el consiguiente enfrentamiento especie humana-naturaleza. Por el contrario, las realizaciones de César Manrique logran fértiles simbiosis entre la intervención humana y el medio natural que consiguen revalorizar con resultados que suman positivamente dimensiones estéticas, éticas y utilitarias. Estas realizaciones han venido generando así en Lanzarote un sordo y prolongado conflicto con las querencias territoriales y arquitectónicas asociadas a un *statu quo* condicionado por el doble dogal del lucro y de los enfoques parcelarios imperantes. En lo que sigue reflexionaremos sobre los planteamientos de César Manrique, sobre sus logros, que subrayan la singularidad y la belleza de Lanzarote, y sobre los problemas que plantea su divorcio con las formas de valorar y tratar el territorio lanzaroteño asociadas al *statu quo* antes mencionado. Para asentar estas reflexiones sobre bases firmes, resulta obligado identificar el contexto hostil al que se enfrentaron desde el principio los planteamientos y las realizaciones de César Manrique. Para ello empezaremos precisando en el siguiente recuadro los modelos de orden territorial, urbano y constructivo que nos imponen, sin decirlo, las reglas del juego económico dominantes.

Contexto: la especulación económica y su reflejo territorial y constructivo

La especie humana es la única a la que no le bastan los instintos para orientar su comportamiento, sino que tiene que acudir a esquemas *simbólicos* o culturales que den *sentido* y otorguen *racionalidad* a lo que hace. Y entre las creaciones de la mente humana que hoy gobiernan nuestra existencia destaca cada vez más la idea usual de *lo económico* (Naredo, J.M., 2015), con las convenciones sociales de la *propiedad* y el *dinero* que dan vida a sus afanes de crecimiento permanente, con evidente incidencia en el territorio, el urbanismo y la construcción. La globalización económica, al proyectar sobre el patrimonio inmobiliario su reduccionismo monetario, tiende a unificar también, sin decirlo, los modelos de orden territorial, urbano y constructivo.

Desde hace tiempo vengo señalando que las reglas del juego económico habitual, guiado por la brújula del lucro, promueven modelos territoriales, urbanos y constructivos específicos, salvo que existan barreras mentales e institucionales que lo impidan. Cuando estas barreras se diluyen dejando que los afanes especulativos ordenen y construyan a su antojo la ciudad y el territorio, se observan dos fenómenos solidarios. En primer lugar, tienden a desatarse *patologías de crecimiento* que fuerzan la expansión de los procesos de urbanización y sus servidumbres territoriales a ritmos muy superiores a los del crecimiento de la población y de su renta disponible. Y en segundo lugar estos procesos se ajustan implícitamente a los siguientes modelos de orden territorial, urbano y

constructivo: 1º) se impone un modelo territorial que polariza el espacio en núcleos atractores de población, capitales y recursos, y áreas de abastecimiento y vertido, con sus redes y servidumbres; 2º) se impone el modelo urbano de la *conurbación difusa* (*urban sprawl*) que separa y expande por el territorio las distintas piezas de la ciudad, requiriendo potentes infraestructuras de transporte para conectarlas y asegurar su funcionamiento; y 3º) se impone un único modelo constructivo: el que acostumbro a denominar *estilo universal*, que separa las partes del edificio, empezando por la estructura, convertida en un esqueleto de vigas y pilares, para abordar después la cubierta, el cerramiento...y la climatización, haciendo abstracción de la historia y de las condiciones y los materiales del entorno.

La expansión urbana apoyada en estos modelos requiere consumos de territorio y de recursos muy superiores a los que demandaba la arquitectura vernácula y la ciudad clásica o histórica, que inducen a considerar a la especie humana como una especie de patología terrestre. Desde hace tiempo he venido apreciando una fuerte analogía entre la patológica incidencia de la especie humana en el territorio y la que tienen los procesos cancerígenos en los organismos, cuyas características son las siguientes: 1- Crecimiento rápido e incontrolado. 2- Indiferenciación de las células malignas. 3- Metástasis en diferentes lugares. 4- Invasión y destrucción de los tejidos adyacentes. (Véase: Naredo, J.M. 2005, Naredo, J.M. y Gutiérrez, L. (Eds.), 2005 y Naredo, J.M. y Montiel, A., 2011)).

Las reglas del juego económico dominantes desatan, en primer lugar, el “crecimiento rápido e incontrolado” de la urbanización, movido por afanes de posesión y lucro ilimitados, provocando “burbujas” especulativas que solo el estrangulamiento financiero acaba desinflando. La “indiferenciación de las células malignas” ofrece clara similitud con el predominio de un único modelo constructivo: el que hemos denominado “estilo universal”, que dota a los edificios de un esqueleto de vigas y pilares (de hierro y hormigón) independiente de los muros, por contraposición a la arquitectura *vernácula*, que construía los edificios como un todo indisoluble adaptado a las condiciones del entorno y utilizando los materiales de éste. A la vez que la aparición de “metástasis en diferentes lugares” encaja como anillo al dedo con la naturaleza del nuevo modelo de urbanización: el de la “*conurbación difusa*”, que separa las distintas funciones y piezas de la ciudad, por contraposición a la “ciudad clásica” o “histórica”, más compacta y diversa. Pero aquí ya no son los canales linfáticos del organismo enfermo los que permiten la extensión de las metástasis, sino el viario y las redes que el propio sistema construye a propósito, para posibilitar su difusión hasta lugares antes recónditos.

En lo que concierne a la “invasión y destrucción de los tejidos adyacentes”, las tendencias indicadas no ayudan a mejorar los asentamientos y edificios anteriores, sino que, en ausencia de frenos institucionales que lo impidan, los engullen y destruyen, para levantar sobre sus ruinas los nuevos e indiferenciados modelos urbano-constructivos. Además de la súper destrucción operada sobre el patrimonio inmobiliario preexistente, las expectativas de urbanización contribuyen a desorganizar los sistemas agrarios próximos y las demandas en recursos y residuos que plantea el nuevo modelo de urbanización, extienden la “huella” de deterioro ecológico hacia puntos cada vez más alejados. El resultado conjunto de estas tendencias es la creciente exigencia en recursos naturales y territorio, que acentúan las servidumbres indirectas que tal modelo comporta, unidas a la evolución simplificadora y esquilmante de los propios sistemas agrario-extractivos.

Los procesos indicados acaban produciendo un cambio de fase en el modelo territorial que denota la extensión de la dolencia descrita, especialmente perceptible en los territorios insulares y en las zonas más densamente pobladas: se pasa de un mar de ruralidad o naturaleza poco intervenida con algunos islotes urbanos unidos por un viario tenue y poco frecuentado, hacia un mar metropolitano con un potente viario, redes y servidumbres que segregan enclaves de campo o naturaleza cada vez más fragmentados y deteriorados, que tardíamente se tratan de proteger de la patología en curso. El caso español constituye un buen ejemplo de la expansión de las patologías urbano-territoriales descritas, con especial incidencia sobre los territorios costeros e insulares, más espolcados por el turismo y la segunda residencia.

-Una configuración astral favorable bifurca el destino de Lanzarote

César Manrique, tras una amplia carrera artística y en plena madurez decidió volver en 1966 desde la megalópolis newyorkina a su tierra natal lanzaroteña. Además del amor y la nostalgia por su tierra, la invitación de su amigo José Ramírez, presidente del cabildo de Lanzarote, a dirigir un ambicioso programa de revalorización estética de la isla, le indujo a afincarse definitivamente en ella. Esta relación permitió a César Manrique llevar sus realizaciones artísticas al medio lanzaroteño, pasando desde la pintura abstracta hacia las intervenciones concretas sobre la arquitectura y el territorio insular.

Como punto de partida hay que subrayar su desazón hacia esa primera ola de “urbanismo salvaje” que asoló nuestras costas en la década de los sesenta y que le preocupaba que acabara arrasando también su querido Lanzarote. Pues constataba que el *estilo universal* llegaba también a las islas: “es tristísimo y deprimente –decía-- llegar a Canarias y encontrarse con un tipo de arquitectura que no responde en absoluto a la climatología y a la belleza natural de su orografía” (Ref. Pérez Luzardo, J.M., 2010, p. 7).

Para poner coto a ese proceso destructivo se esforzó en mostrar la belleza y funcionalidad de la arquitectura tradicional lanzaroteña haciendo un monumental inventario de lo más interesante que quedaba en pie. Fruto de este esfuerzo fue su libro titulado *Lanzarote. Arquitectura inédita* (Manrique, C., 1974). Así consiguió que, al menos sobre el papel, quedara un testigo de esa arquitectura hoy, en buena parte, desaparecida por demolición o ruina o engullida por las nuevas y descontextualizadas construcciones.

Pero la sensibilidad de César Manrique era una sensibilidad total que, no solo apreciaba la arquitectura vernácula lanzaroteña, sino también los sistemas agrarios tradicionales que otorgaban a la isla paisajes de gran singularidad y belleza. Así señalaba que “da pena pensar el enorme trabajo y lucha que hace falta para hacer comprender lo que significaría un suicidio colectivo por el desconocimiento político-económico de un derrumbe general, al estropear y destruir los valores esenciales de su agricultura única, su negro y quemado paisaje y su simple y blanca arquitectura” (Op.Cit). Sabía sacar partido estético incluso de los paisajes volcánicos más desolados de los mares de lava cortante llamados “mal país”. Pues esos contrastes generaban sensaciones fuertes que los pensadores y artistas más preocupados por la estética del paisaje sabían valorar. Por ejemplo, ya Rousseau, en sus *Confesiones*, precisaba que un paisaje bello “nunca puede ser llano...sino que necesita torrentes, bosques negros, montañas y ásperas rocas con precipicios a cada lado para que me alarmen”. Sin duda, el volcanismo lanzaroteño, unido a la insularidad y el contacto con el medio marino, es fértil en esas sensaciones fuertes que César Manrique supo valorar poéticamente cuando habla de su isla en segunda persona, ensalzando “tus ríos de charoles negros en luto, y, apagados ya sin humos, de pastosa y espesa corriente quieta...” (Op..Cit.).

Hemos visto que la sensibilidad de César Manrique no se limitaba a apreciar los valores estéticos de esos ríos y mares de lava desolados, sino también las intervenciones humanas de la agricultura tradicional y de la arquitectura vernácula, que supieron establecer simbiosis favorables con ese medio aparentemente tan inhóspito, añadiendo además calidad estética a los paisajes. Tal vez el ejemplo agrario más relevante sea el del paisaje tan espectacular que nos ofrece La Geria, construido con técnicas que permiten el cultivo de la vid y la obtención de vinos de calidad donde no parecía posible, uniendo así funcionalidad y belleza en el uso agrario de este territorio.

La Geria

La zona de La Geria dibuja un paisaje humanizado increíble, marcado por un sistema que permite cultivar la viña sin apenas lluvia y sin riego, acolchando el cultivo con arena volcánica gruesa llamada *rofe*, que tiene la propiedad de captar la humedad atmosférica, y defendiéndolo del viento con muretes semicirculares de piedra volcánica. El contraste entre el verdor de las plantas, la negrura del acolchado de *rofe* y el color pardo de los muretes de protección, dibujan en las ondulaciones naturales del terreno un paisaje de una belleza extremadamente singular, que se ha visto amenazado por la pérdida de rentabilidad del cultivo y el afán de partirlo con infraestructuras de transporte y edificaciones.

César Manrique contribuyó personalmente a ejemplificar con sus realizaciones este tipo de simbiosis mejorantes a la vez del paisaje y los usos del territorio. Realizaciones que no se quedan en ensalzar logros del pasado, sino aportaciones punteras que unen una y otra vez funcionalidad y belleza. Fue sin duda la sensibilidad artística de César Manrique la que le permitió sintetizar los colores clave, los materiales y las formas sobre los que descansaban los valores estéticos propios del Lanzarote. Las reflexiones de César Manrique sobre cómo se le ocurrió diseñar su casa en pleno “mal país”, aprovechando varias burbujas volcánicas, resultan clarificadoras de su esfuerzo por lograr esa simbiosis: “En mis investigaciones durante esos momentos de mi nuevo contacto con la lava, me encontré con cinco burbujas volcánicas, donde mi asombro colmó mi imaginación introduciéndome en su interior, colgándome por la higuera que partía de su interior. Dentro de esta primera burbuja creía que estaba en otra dimensión, dándome cuenta de las grandes obras de arte que la propia naturaleza concebía. Allí mismo, en su interior, supe que podía convertirlas en habitáculos para la vida del hombre, empezando a planificar mi futura casa viendo con enorme claridad su magia, su poesía y al mismo tiempo su funcionalidad. Al salir de nuevo de su intimidad y de su gran silencio, tuve que hacer un esfuerzo para volver a una realidad que se me había escapado” (Op. Cit., p. 12). El resultado de esas percepciones de César Manrique, que le indujeron a ver ese entorno aparentemente tan hostil como *sugerente*, fue su acogedora casa en Tahíche, hoy visitable, que cabría definir como un alarde de poesía para los sentidos en la que se anudan habitabilidad y disfrute estético.

No cabe repasar aquí el amplio abanico de intervenciones de César Manrique sobre la isla, que van más allá de la Red de Centros de Arte Cultura y Turismo (CACT) que diseñó y realizó con un amplio equipo de colaboradores, plasmando en realidad su enfoque claramente transdisciplinar. Valga decir que todas ellas reforzaron, sintetizaron y revalorizaron la singularidad estética de la isla, creando un paisaje cultural único que conectaba sorprendentemente los paisajes, los materiales y las intervenciones humanas, haciendo hincapié en la influencia positiva de la agricultura tradicional y la arquitectura rural sobre el paisaje. Así, no solo destinó monumentos al campesino, sino intervenciones de síntesis, como El jardín de Cactus, que recuperando un espacio degradado, conjuga y revaloriza la agricultura de terrazas realizadas con los materiales propios y abundantes, la piedra y la arena volcánicas, y resalta la belleza de ese mundo vegetal que se defiende frente a las condiciones extremas de la isla. Pero además, cabe resaltar la influencia social y cultural tan fuerte que tuvo César Manrique sobre la población lanzaroteña: ejerció sin decirlo una función pedagógica de primer orden

ayudando a valorar y querer lo propio y a tomar conciencia de su potencial estético y económico, contrarrestando una aculturación y un desprecio que estaban al orden del día.

Hay que recordar también que todos estos logros se consiguieron con el apoyo, la regulación y la financiación del poder político, como fruto de la configuración astral favorable antes mencionada, que unió la creatividad de César Manrique con la voluntad del presidente del Cabildo, José Ramírez. Logros que van más allá de la realización de los CACT, incluyendo una visión integral del territorio y el paisaje de la isla, con medidas como, por ejemplo, la prohibición de instalar carteles publicitarios en las carreteras de la isla para resaltar la singularidad del paisaje --con sus volcanes y lavas, los colores de sus montañas y farallones, sus jameos, sus inquietantes simas...-- en vez de banalizarlo y anularlo con los mismos reclamos de siempre que unifican los patrones de consumo.

-César Manrique en las antípodas del reduccionismo económico-parcelario

Una vez aclarados los planteamientos de César Manrique hemos de subrayar que se sitúan en las antípodas de los que aplica el reduccionismo monetario propio del enfoque económico ordinario, con sus afanes de acrecentar el lucro, asociado al dualismo cartesiano y a los enfoques sectoriales y parcelarios habituales que segregan y enfrentan especie humana y naturaleza.

En efecto, estos planteamientos parcelarios, de los que es a la vez instrumento y parte el enfoque económico ordinario, mantienen una idea de naturaleza ajena a la especie humana, que se percibe como un “medio ambiente” errático e incontrolado que se trata de explotar y/o de preservar. Sin embargo los planteamientos de César Manrique convergen con los de la hoy llamada Economía Ecológica, que abraza el enfoque *ecointegrador* (Naredo, J.M., 2015) priorizando el principio de *integración del conocimiento* y considerando a la especie humana como parte integrante de una biosfera, compuesta de ecosistemas cuyo comportamiento, lejos de ser errático, está sujeto a leyes que han de ser tenidas muy en cuenta a la hora de gestionar. De esta manera, la idea de una especie humana enfrentada a una naturaleza que trata de expoliar, pasa hacia la de una especie humana fusionada o en simbiosis con la naturaleza, como única manera de inclinar la situación hacia perspectivas más viables y enriquecedoras. O también la idea de una especie humana que considera los recursos naturales como *limitantes*, se desplaza hacia otra que los ve como *sugerentes* para coevolucionar con ellos ejemplificando la simbiosis antes mencionada que se ha venido plasmando en múltiples experiencias ejemplares de agricultura tradicional o de arquitectura vernácula a las que hemos hecho y haremos referencia.

Economía ambiental o verde vs Economía ecológica

Cuando la red analítica del enfoque económico dejó escapar un medio ambiente inestudiado, se abrieron dos posibilidades de abordarlo: una, estirando esa misma red analítica para atrapar elementos de ese medio ambiente y otro, recurriendo a las redes analíticas de otros enfoques para los que ese medio ambiente formaba parte de su objeto de estudio ordinario. Ambas maneras de abordar el tema se han desarrollado: una desde la llamada *economía ambiental o verde*, que ha tratado de estirar la vara de medir del dinero valorando en términos monetarios determinados elementos de ese medio ambiente para llevarlos al redil del enfoque económico ordinario y poder aplicar sobre ellos el consabido análisis coste-

beneficio; otra desde la llamada *economía ecológica*, utilizando enfoques transdisciplinarios que, sin descartar el análisis monetario, han venido recurriendo a disciplinas cuyo objeto de estudio recaía ya con anterioridad sobre ese *medio ambiente* inestudiado por la economía ordinaria, para orientar su gestión desde perspectivas más amplias.

El conflicto entre los dos enfoques mencionados parte de sus diferentes planteamientos epistemológicos y ontológicos. Pues mientras la *economía ambiental* o *verde* acostumbra a aplicar el enfoque *analítico-parcelario*, la economía ecológica tiende a recurrir al enfoque *ecointegrador*. Así, en ese empeño, de la *economía ambiental* de estirar la vara de medir del dinero y, por ende, extender su reduccionismo monetario, se apoya en dos principios, “quien contamina paga” y “quien conserva cobra”. Lo cual universaliza los problemas de contaminación propios de los países o núcleos industriales o ricos, normalmente ubicados en clima húmedo, ignorando la pérdida de recursos de los países o áreas de abastecimiento. Así, se magnifica el problema de la contaminación ignorando el deterioro de los recursos: por ejemplo, tendría que pagar el que contamina el agua, pero no el que la liquida por completo evaporándola. Pero más allá de cambiar el principio “quien contamina paga” por el más amplio de “quien **deteriora** paga”, habría que cuantificar con metodologías inequívocas y universalmente aplicables ese deterioro, lo que exige trascender el reduccionismo monetario para evaluar en términos energéticos el coste de reposición de los deterioros ocasionados. Y, en lo referente al principio “quien conserva cobra” se trata de valorar en términos monetarios “los servicios de los ecosistemas”, para pagar a los que los conservan, tendiendo a identificarlos con los que dejan sin utilizar o explotar territorios o ecosistemas supuestamente naturales. Este enfoque reproduce el dualismo cartesiano y el característico enfoque parcelario, que trata a la especie humana como si fuera ajena a la naturaleza y a la biosfera. Esta consideración es inadmisibles, no solo en nuestro entorno europeo y mediterráneo intervenido desde épocas inmemoriales por la actividad humana, sino globalmente, cuando estamos en la era del Antropoceno, en la que la humanidad se ha convertido en la principal fuerza geológica, cuyos movimientos de energía y materiales arrastran a la Tierra hacia mayores grados de entropía, recortan la diversidad biológica e incluso provocan trastornos climáticos.

Seguir hablando de “los servicios de los ecosistemas” como si de algo ajeno a la especie humana se tratara, presupone seguir asumiendo implícitamente las bases del dualismo cartesiano y el conocimiento parcelario que divorcian especie humana y naturaleza. Por el contrario, desde el ángulo del enfoque *ecointegrador* se ha de considerar el sistema económico como un ecosistema más cuyo metabolismo cabe analizar, con todos sus flujos de energía, materiales... y dinero y con sus interacciones con el medio físico. Así, aunque salga el Sol todos los días estableciendo las condiciones que posibilitan la vida evolucionada en la Tierra (y otorgando, así, servicios vitales tan básicos que no tiene sentido valorar) hay que caer en la cuenta de que el grueso de los servicios a valorar los abastecen los ecosistemas agrarios, industriales o urbanos, en los que se desdobra el (eco)sistema económico, cuya fisiología y anatomía cabe precisar estudiando su metabolismo, su inserción territorial y sus dimensiones patrimoniales.

Hay que subrayar que el enfoque parcelario de la *economía ambiental* o *verde* sigue razonando sobre el enfrentamiento especie humana-naturaleza, presuponiendo que las intervenciones humanas sobre el medio contribuyen por fuerza a degradarlo e ignorando que puede haber simbiosis enriquecedoras del conjunto que son precisamente las que la gestión económica debiera promover. Un buen ejemplo de estas simbiosis enriquecedoras puede ser el de la *dehesa*, ya que este ecosistema agrario además de aportar productos agro-ganadero-forestales vendibles, aporta también más y mejores “servicios ambientales” de los que aportaría el bosque mediterráneo cerrado que se generaría sin intervención humana. En efecto, como subrayo en el prólogo a un libro bien documentado sobre el tema, “el hecho de que el sistema de la *dehesa*, no solo produzca mercancías sino también “servicios ambientales”, rompe con la tónica habitual de atribuir estos servicios a espacios, parques o ecosistemas llamados “naturales”, que

se suponen ajenos o incompatibles con las actividades económicas. Paradójicamente, cuando está de moda hablar de los “servicios de los ecosistemas”, este libro muestra que el sistema de la dehesa, no solo es un sistema económico que produce mercancías, sino también un ecosistema que genera “servicios ambientales”. Se constata incluso que, en este caso, la intervención humana favorece estos servicios: el paisaje de la dehesa es más apreciado (genera más *amenities*) y alberga más topodiversidad y biodiversidad, que el bosque cerrado que se formaría en ausencia de dicha intervención...” (Naredo, J.M., 2013). Al igual que ocurre en el caso de la Geria antes mencionado.

En fin, que la *economía ecológica*, al priorizar el principio de integración del conocimiento, debe apreciar que, no solo la *dehesa*, sino el proceso económico en general, tiene o puede tener efectos *degradantes*, pero también *mejorantes*, sobre el medio en el que se desenvuelve y que los recursos naturales, no son solo *limitantes*, sino también *sugerentes*, para conseguir que la especie humana organice de acuerdo con ellos su intendencia en una simbiosis enriquecedora, como han venido ilustrando durante siglos los logros de la agricultura tradicional,... o de la arquitectura vernácula. Para ello no sólo hay que buscar la *eficiencia*, sino también y sobre todo la *suficiencia*, como ejemplifica la fotosíntesis que, pese a tener una eficiencia en el uso de la energía solar muy baja, trabaja con materiales muy abundantes. Creo que los estudios histórico-antropológicos tienen mucho que decir en este punto y pueden ayudar a ver el presente y el futuro desde perspectivas más enriquecedoras de las que ofrece el enfoque económico ordinario con sus derivaciones ambientales o verdes. Por ejemplo, el estrés hídrico estival que sufren los suelos en el clima mediterráneo, trajo consigo la civilización del trigo y los cereales de invierno, cuya cosecha se recoge justo antes de que se agote la reserva de agua de los suelos o, como se dice, antes de que se *agosten* los suelos. Al igual que el encharcamiento de los suelos en los momentos de mayor insolación y temperatura presente en el clima *ústico* o monzónico, trajo consigo la civilización del arroz u otros cereales de primavera. O las prácticas constructivas que la arquitectura vernácula nos ha traído, atendiendo a la litología y las zonas edafoclimáticas, dando lugar al iglú, el palafito...o al uso del adobe y el tapial. Creo que los enfoques integrados y las realizaciones de César Manrique constituyen un referente básico en este sentido, a la vez que reflejan sus empeños de transdisciplinaridad. El mismo César Manrique se consideraba incapaz de encuadrarse en las matrices disciplinares y profesionales al uso: “No me gusta que me clasifiquen y que me coloquen etiquetas. Me sorprende siempre cuando me catalogan de pintor, diseñador, ecologista, arquitecto, escultor, jardinero, fotógrafo, urbanista, decorador, etc. Las clasificaciones son empobrecedoras ya que raquitizan el arte” (Ref. Pérez Luzardo, J. M. , 2010).

-Lanzarote en conflicto permanente

¿Qué habría pasado en Lanzarote si no se hubiera producido la configuración astral favorable antes mencionada, que permitió las realizaciones de César Manrique y potenció su influencia pedagógica sobre la población insular? Seguramente, al igual que

ocurrió en otras islas, habría imperado en ella, ya sin frenos, la patología del crecimiento inmobiliario apoyado en los modelos territorial, urbano y constructivo antes indicados que impone la actividad económico-especulativa ordinaria --la *polarización territorial*, la *conurbación difusa* y el *estilo universal*-- acelerando el deterioro del paisaje, el desarraigo y banalización de las prácticas agrarias y constructivas y la aculturación y pérdida de conciencia de los valores singulares de Lanzarote por parte de la población.

Sin embargo las intervenciones territoriales, constructivas y culturales de César Manrique pusieron freno al marasmo inmobiliario-constructivo-destructivo que amenazaba a la isla, ocasionando un conflicto permanente. Conflicto en el que el propio César Manrique se vio implicado desde el principio, dado su afán de defender los valores paisajísticos y culturales, generando una paradoja digna de mención. Al promover con sus realizaciones la singularidad estética de Lanzarote, se revalorizó su atractivo como destino turístico, alimentando sin quererlo la patología del crecimiento y desatando procesos de aculturación que daban al traste con los patrones estéticos y culturales que César Manrique había tratado de promover.

Al principio, cuando se construía la Red de Centros de Arte Cultura y Turismo (CACT) diseñados por César Manrique, Lanzarote apenas tenía 40.000 habitantes, el flujo de turistas era mínimo y se veía con buenos ojos la posibilidad de aumentarlo. Dado el talante cosmopolita de César Manrique, era lógico que considerara bueno abrir la isla al mundo, promoviendo un turismo cultural que enriqueciera a la vez a los visitantes y a los oriundos, orgullosos de cuidar y exhibir la belleza singular de los paisajes volcánicos y de las intervenciones humanas de la agricultura, la arquitectura y las actividades adaptadas a ese territorio hostil. Pero, como el alquimista que desata reacciones o fuerzas enormemente destructivas que luego no puede controlar, esa visión inicial de un turismo cultural enriquecedor, necesariamente elitista, se vio desbordada por la afluencia masiva de visitantes que espoleaba la patología del crecimiento y la especulación inmobiliaria, asociados a un proceso de aculturación igualmente masivo. La construcción en 1964 de la primera planta desalinizadora y el posterior recurso a esta práctica, permitió alejar el fantasma de los episodios de sequía y falta de agua a los que estuvo sometida la isla, pero también eliminó el agua como factor limitante del crecimiento poblacional y turístico.

El boom inmobiliario de los años sesenta colapsó con las “crisis petrolíferas” de los setenta y vino un período de calma. Pero la actividad inmobiliaria repuntó con la adhesión de España a la UE, generándose un nuevo boom a mediados de los ochenta que alarmó a César Manrique, por las enormes expectativas que levantó en Lanzarote. En 1985 previno “el suicidio que estamos provocando, por un torpe egoísmo sin límites. Lo verdaderamente dramático --proseguía-- es que, después de los esfuerzos y trabajos realizados con un desbordante entusiasmo de amor y entendimiento de la enorme belleza escondida y sin catalogar de nuestra vulcanología, para elevarla al más alto nivel, surjan ahora una serie de *personajes* con el sólo propósito de explotar ese prestigio conseguido por nuestro pueblo, sin importarles en absoluto la ruina de la isla, exterminando, en el más mínimo tiempo, el legado de centenares de milenios de evolución [...] ¿Podemos salvar ya lo que nos queda? Creo que el caso no puede ser más evidente, descarado y elemental para darse cuenta que ha llegado el **momento de parar**” (Manrique, C., 1985).

Para controlar y encauzar el aluvión turístico, la oferta alojativa y sus implicaciones territoriales y constructivas, el presidente del Cabildo, José Ramírez, encargó ya en 1970 un Plan Insular de Ordenación del Territorio de Lanzarote (PIOL)... y posteriormente, tras importantes movilizaciones en favor de la contención, en 1991 se aprobó otro Plan Insular que consiguió desclasificar suelo urbano o urbanizable. Esto se hizo tras el ejercicio de poner juntas las pretensiones de los ayuntamientos, que evidenciaron estar a todas luces tan sobredimensionadas que justificaron que el planeamiento insular las recortara.

Tras el fallecimiento de César Manrique en 1992, la fundación que lleva su nombre tomó la antorcha de los valores que había defendido y, con altibajos, esta política de contención ha seguido aplicándose, con el apoyo de buena parte de la población, consciente de que, para preservar los valores del territorio, es necesario limitar la oferta alojativa y el proceso urbanizador de la isla mediante instrumentos supramunicipales de planeamiento, que han sido pioneros en España. La isla de Lanzarote ha sabido, así, revalorizar y preservar su patrimonio natural y cultural, manteniendo un prolongado conflicto con quienes la ven como un simple solar a construir. Este conflicto se ha venido manifestando en la indisciplina urbanística de ayuntamientos y promotores, que siguieron concediendo licencias y construyendo al margen de las limitaciones establecidas en el Plan Insular. El hecho de que dos millones de metros cuadrados de licencias municipales concedidas irregularmente, hayan sido declaradas ilegales por los tribunales con sentencias firmes, es decir, sin posibilidad de apelación, constituye un primer exponente de esta indisciplina. Lo grave es que la Revisión del PIOL realizada hace diez años y todavía no aprobada (que soslaya el problema de las licencias ilegales) y, sobre todo, la nueva Ley del Suelo de Canarias aprobada en 2017, recortan las competencias del planeamiento insular, poniendo en peligro las políticas de contención y regulación edificatoria que se han venido aplicando en Lanzarote.

Y todo esto ocurría cuando Canarias había vivido con gran intensidad la última y más potente burbuja inmobiliaria y constructiva (1997-2007), siendo la segunda Comunidad Autónoma, después de Madrid, en consumo de cemento por unidad de superficie: en los años centrales del boom cayeron sobre el archipiélago más de tres toneladas de cemento por hectárea de superficie geográfica. Y, pese a las políticas de contención, Lanzarote no pudo permanecer ajeno a estos crecimientos. Así, el número de pasajeros que entraron en el aeropuerto, que no alcanzaba los tres millones en 1992, año del fallecimiento de César Manrique, subió a siete millones en 2017. Y el número de turistas se multiplicó por tres, pasando de cerca de un millón en 1992 a tres millones en 2017. Al igual que la población pasó en ese mismo período de 68 mil a 147 mil, aumentando sobre todo por la llegada de inmigrantes, orientada en buena parte a atender la creciente demanda turística, alterando la composición de la población: mientras que en 1992 no llegaba a un tercio el porcentaje de población que no había nacido en la isla, este porcentaje aumentó desde entonces trepidantemente, explicando la población foránea más del 80 % del aumento poblacional registrado en la última década. Lo cual acentuó el proceso de aculturación, ya que resulta difícil que esta población de aluvión conozca, valore y priorice rápidamente el singular paisaje cultural de la isla, como lo venía haciendo buena parte de los isleños.

En fin, que el futuro de Lanzarote, y del legado de César Manrique, dependerá de cómo evolucione el conflicto señalado entre dicho legado y el enfoque económico dominante, unido al *statu quo* de intereses a los que sirve. Acabemos subrayando que, más allá del

conflicto que enfrenta a la población con los reflejos territoriales y urbanísticos de las prácticas caciquiles locales, hay que advertir que preservar y mejorar el paisaje cultural del que con tanto esfuerzo se había dotado la isla, exige desplazar la reflexión económica hoy centrada en el universo aislado de los valores monetarios, hacia aspectos físicos y socio-institucionales. Habría que desplazar también la consideración del mercado como *panacea*, que invita a la desregulación del mismo, hacia la consideración del mercado como *instrumento*, cuyos resultados varían según cual sea el marco institucional que lo regule. Habría que desplazar, en suma, la idea misma de naturaleza humana gobernada por un individualismo egoísta y competitivo, hacia otra que dé plena cabida a un individualismo ético, social-cooperativo, en el que los individuos pasen a ser personas morales que hacen ciudadanía. Con lo cual habría que desplazar el actual clientelismo político de una democracia que se dice representativa, hacia otra que sea participativa y potencie relaciones libres.

Bibliografía

- Manrique, C., 1974, *Lanzarote. Arquitectura inédita*, San Sebastián, Industrias Gráficas Valverde.
- Manrique, C., 1985, *Momento de parar*, Teguiuse, Lanzarote, Fundación César Manrique.
- Naredo, J.M., 2005, “Diagnóstico sobre la sostenibilidad: la especie humana como patología terrestre” en Hernández Aja, A. (Ed. y Coord.) (2005) *La sostenibilidad en el proyecto arquitectónico y urbanístico*, Madrid, IAU+S, Distrib. Maireia Libros. Accesible en la red en: <http://habitat.aq.upm.es/iau+s/>.
- Naredo, J.M., 2015, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI de España.
- Naredo, J.M. y Gutiérrez, L. (eds.), 2005, *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, Granada, Ed. Universidad de Granada y Fundación César Manrique, Col. “Economía vs Naturaleza”.
- Naredo, J.M. y Montiel, A., 2011, *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*, Barcelona, Icaria.
- Naredo, J.M., 2013, Prólogo al libro de Campos, P., Huntsinger, L., Oviedo, J.L., Starrs, P.F., Díaz, M., Standiford, R.B., Montero, G. (Eds.), 2013, *Mediterranean oak woodland working landscapes. Dehesas of Spain and Ranchlands of California*, Dordrecht, Heidelberg, New York, London: Springer.
- Pérez Luzardo, J.M., 2010, *Luz en la arquitectura de César Manrique*, Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote, Discurso leído en el acto de su recepción como Académico Correspondiente en Gran Canaria el 22 de abril de 2010.